

El candidato

Poso Wells no aparece en ningún mapa. Sería imposible que así fuera. Esa enorme cantidad de lodo ganado al estero era, la última vez que alguien realizó un levantamiento topográfico, parte del río. Y el agua corre, no se parcela. Pero ahí está, contra la voluntad de muchos, y cualquiera de sus habitantes acertaría a dar una descripción precisa de su ubicación: está en el hueco másapestoso y olvidado de los límites del mundo que existe de este lado del Pacífico central. Kilómetros de kilómetros de viviendas de palo, caña y aglomerado construidas sobre aguas servidas y barro podrido. Estacas de mangle hundidas en una tierra fangosa y blanda; un suelo inestable donde aparecen grietas con cada marejada alta o corriente que arrastran los buques de alto tonelaje en su camino al puerto de Guayaquil. Pero si uno, no contento con eso, siguiera preguntando: qué calle tomar, por qué esquina torcer, o si ir al norte o al sur al salir de la Perimetral, alguien terminaría por mandarlo a uno al carajo pero no sin antes murmurar en voz baja que quien quiera que haya ideado en un mal día el infierno debió tener en su cabeza la forma exacta de Poso Wells. ¡Ahí está pues chucha, en la mismísima boca del diablo, si es que tanto quiere saber! Y aunque nadie que no tenga que vivir ahí se acercaría a cien metros de sus límites, es el cuadrilátero donde se libran las más grandes batallas en las contiendas electorales: cientos de miles de votos a disposición de los candidatos. Todos necesitan algo y las ofertas llueven sobre sus habitantes. ¿Lo que más se ofrece? Viviendas. A cambio de votos se ofertan casas, material de construcción y préstamos para erigirlas. Mientras eso ocurre se arman tarimas, se colocan parlantes y llegan chicas, en su mayoría adolescentes reñidas con el decoro, que tienen que ser escoltadas por guardias hasta el escenario porque todos quieren algo de ellas. Cientos de miles de manos, como tentáculos, intentando tocarlas en su paso a la tarima. Cuando arriban, sintiéndose manoseadas, desechan pronto la sensación, la plaza puede más: es electrizante. Llegan a olvidarse, con demasiada rapidez, que si esa escolta no estuviera y la tarima llegara a desplomarse, ninguna sobreviviría. Se perderían en las laberínticas vueltas del barrio y las destrozarán, solo aparecerían trozos de ellas. Pero no ellas. Cada cuatro años y a veces cada dos, desciende la televisión sobre el barrio con camiones cargados de cables y discos satelitales; se destaca una brigada entera de la policía nacional mientras un tractor municipal repara el camino o por lo menos lo rellena con tierra traída del cercano cuerno de la Península de Santa Elena para permitir la entrada de los candidatos, sus vehículos y comités. En Poso Wells esas concentraciones siempre tienen lugar en un lote baldío, un enorme rectángulo abandonado, situado en la tercera etapa de la Cooperativa. Nadie, en los veinte y tantos años de democracia replicada por campañas electorales, se ha sentado a pensar por qué no se han construido casas sobre ese solar que ni siquiera funciona como cancha mientras en otros puntos del barrio las invasiones se suceden unas a otras y quiénes las llevan a cabo lo arriesgan todo al construir sobre basura que todavía no se ha asentado sobre el río. Por qué, a pesar de que se colocaron postes de luz alrededor del lote, los únicos en todo Poso Wells, ¿nadie se reúne ahí? La respuesta no interesa demasiado y menos a los que entran y salen para cubrir las noticias. Y, aunque los que viven en la Cooperativa saben que algo no calza, tampoco podrían responder. Si se vieran forzados a describir qué tiene esa tierra estéril y maldita, no podrían. Pero saben, todos saben, que hay ciertas zonas, no solo esa, que hay que evitar. Por todo el barrio las cosas desaparecen. No se puede dejar una cabeza de

plátano fuera de la puerta porque se esfuma, hay que resguardarlo todo dentro de las casas aunque los candados sirvan de poco.

Algo se agazapa en las calles de Poso Wells y ataca a los nervios como un tam tam persistente. Y eso, sea lo que sea, jadea en los sueños de sus habitantes, los lengüetea con su ruinosa saliva y aliento de pozo séptico y deja sus cuerpos pringosos y sucios cuando despiertan. Esa sensación de peligro no se quita con solo intentarlo, se vive con ella todo el día y al atardecer se vuelve más palpable pues no es solo comida lo que desaparece sino gente. Pero en los días de campaña la amenaza disminuye: hay demasiados cables, trabajadores y equipos que causan un revuelo distinto. La música retumba y las chicas bailan las coreografías ensayadas un puñado de veces. No están ahí por su habilidad sino por su apariencia. Ponen su mejor cara a las cámaras y sonrían. En el 2006 la campaña arrecia en Poso Wells; ya se ha librado la primera vuelta y el triunfador, el que ha logrado un porcentaje de cuatro puntos sobre su oponente ya tiene su ojo puesto en el próximo mitin que deberá ser más espectacular que el anterior. El candidato se acerca en un helicóptero fletado. Es el final de la tarde y los últimos rayos del sol se despliegan diáfanos, etéreos, casi infinitos, sobre el cuerpo de la nave. Su ocupante luce tan vistoso como el artefacto que lo transporta: guayabera de seda china, pantalones de lino color marfil que se deslizan sobre sus esculpidas piernas de gimnasio y zapatos de piel de iguana plantados a medida en Italia. Su pelo largo y rizado desciende por sus hombros hasta su media espalda mientras sus prominentes pómulos resaltan su anguloso rostro. Tiene maneras dulces, como solo pueden tener aquellos que han sido tocados por la gracia divina o por la bendición de una abultada cuenta bancaria. No es alto pero, cuando sube a la tarima, parece enorme. Promete cumplir deseos y oferta salvación. Esta vez, como ya es costumbre, ha traído bolsas de maicena y harina y tarrinas de manteca de cerdo para repartir. Mientras sobrevuela la ciudad, su comité distribuye las dádivas en la plaza; por ello la gente se ha agolpado cerca del espacio preparado para el aterrizaje del helicóptero y el piloto no puede descender. El candidato suda sin control, su ropa se mancha con transpiración, dejando un diseño de alas, de filigranas de alas, sobre su espalda mientras él pasa un pañuelo impecable sobre su rostro. Guarda seis más en el bolsillo trasero de su pantalón. Antes de entrar al helicóptero ha bebido dos grandes botellas de cerveza y cinco vasos de whisky, uno atrás del otro, en la sede del partido. Tiene que orinar. Con desesperación. Arriba, sobrevolando la inmensidad del barrio, se sostiene.

—Concha 'e tu madre, ya no puedo más. ¡Haz que se muevan!

—No puedo —responde el piloto.

—Acércate más y vas a ver cómo puedes —le dice, apenas moviendo los labios mientras el sudor empaña sus ojos. —Querer es poder —respira desde su estómago— querer es poder —repite como un mantra mientras el tripulante mueve la cabeza y embiste al mar de gente.

Aunque el piloto lo intenta, no hay manera, nadie se mueve. Les importa un bledo que les cercenen las cabezas pero, cuando se acerca, las casas de fósforo tiemblan y están a punto de caer. Las aspas cortan antenas de televisión y alambres clandestinos de luz; al cuarto ensayo sobrevuela el cuadrado mientras baja una escalera metálica, no hay otra manera de dejarlo en tierra. Siete casas sostenidas sobre palos podridos no resisten a la embestida continua del viento y se desploman, acompañadas del llanto de niños y gritos de mujeres mientras sus maridos intentan arrastrarse y

arrastrarlos fuera de entre los escombros. Apenas se los escucha como un rumor; los decibeles de los parlantes saturan tanto el ambiente que parece que las puertas del cielo se hubieran abierto y todos los ángeles y los coros celestiales proclamaran con trompetas la segunda venida del Señor. Las chicas en la tarima mueven sus caderas con ritmo frenético e hipnotizador. La gente grita, salta, se contonea. Nadie escucha las quejas de los que acaban de perder sus casas. El candidato con los brazos abiertos en cruz desciende por los aires —el contratiempo de la falta de espacio juega a su favor —hasta que es entregado a tierra. Los escoltas lo rodean y desde donde se encuentra la gran masa de gente, se lo ve levitar hasta la tarima cargado por encima del suelo por sus guardaespaldas. Que es cuando recién se da cuenta que no podrá alejarse del escenario para descargar su vejiga en paz; continúa sudando y tiene pocas opciones. Va a orinar y lo va a tener que hacer frente a los miles de habitantes de Poso Wells. Lo hará con disimulo, dejará que un río de orina se deslice por sus pantalones y él se moverá por el escenario para que no se forme un charco bajo sus pies. Con el calor se evaporará lo libro que quede pegado a su ropa y el riachuelo descenderá por las grietas del escenario. Mientras camina por la tarima y saluda a la gente que lo aclama, así lo hace. Hasta que se acercan sus partidarios, en una gran cadena humana, y alguien le estira un micrófono. Se puede sentir la electricidad en el aire. Cuando eso ocurre deja de moverse y el charco que se forma a sus pies se vuelve considerable. No importaría, nadie lo notaría en realidad, excepto porque sostiene un cable conectado directamente a un poste de alto voltaje en la mano y él está parado sobre un charco de agua.

Mala combinación.

Antes de que exploten los alambres y se apaguen las luces, que los organizadores del evento han robado —con unos cables sueltos a tierra —de cuatro postes que el municipio colocó meses atrás, la gente ve al candidato elevarse sobre la tarima con un halo celeste emanando de su centro; la luz se expande como una ráfaga entre sus correligionarios.

Algo para ser visto. De una belleza extraña, extrema. Extraordinaria.

Y luego, el olor de carne a la plancha. El olor a carne chamuscada invadiendo todos los rincones del descampado.

Y, solo entonces, la total oscuridad.